

*UNA PAGINA DE UN DIARIO*

3-X-63.

**L**AS cosas se hacen y sólo queda el recuerdo. Pasa el tiempo que difumina lo más fijo y todo se resuelve fantástico y quizás equivocado. Muchas veces en la vida he tropezado con libros y personas que ponían todo su empeño en afirmar que los hombres nos encasillamos en clásicos o románticos, en abiertos o cerrados, en altos o bajos, en apolíneos o dionisiacos, en blancos o negros, de derechas o de izquierdas..., y yo, a fuerza de estos tropiezos he caído también en el pecado de hacer partes, aunque sin llegar a estos extremos, que pocas veces dicen algo, o por lo menos, lo que pretenden. Yo he preferido pensar que los hombres nos repartimos en los que solamente perciben del mundo que les rodea aquello que les molesta, o en los que sólo sienten aquello que les agrada. En los que quieren todo y en los que se contentan con menos. En los que solamente critican lo que les disgusta y en los que solamente critican lo que aman... Y sobre todo, en los que son capaces de recordar, y en los que son capaces de olvidar.

Es cómodo hacer particiones, sobre todo si uno sabe en el lado que ha de caer. Es una manera como otra de quejarse, de darse la razón. Y yo, aunque solamente sea sobre este papel, me quejo diciendo que pertenezco a los que recuerdan.

En cierta ocasión oí decir a un hombre que hablaba con un muchacho, que tenía ganas de ver a su padre porque cuando se encontraban hablaban de las cosas de su tiempo. Todo lo pasado siempre parece mejor; lo ha



dicho el poeta y quien no lo es. Si el presente es incompleto, el pasado no lo es tanto, o por lo menos así se prefiere.

Esta tarde he visto en el cine una película que me ha hecho volver algunos años en mi vida: «Las minas del Rey Salomón». Esta película la ví hace ya muchos años, en un día de verano. Era yo un crío, y solamente guardaba de ella unas cuantas imágenes mal hilvanadas; la danza de aquellos negros que median cerca de dos metros, y que han resultado llamarse los batusi. Los negros se contorsionaban zalameramente y movían los brazos y las plumas del penacho que llevaban en la cabeza como ramas de palmera. También recordaba la estampida de los animales de la selva al asustarse por el fuego, y la fotografía en que se nos ofrecía un cofre lleno de piedras preciosas. Y si me esforzase mucho, quizás recordaría alguna cosa más.

Pero lo de menos ha sido la película, que si hemos de decirlo todo, no pasa de ser muy regular. Lo mejor ha sido lo que me ha traído a la memoria; me ha hecho recordar mis días en aquel pueblo vasco en el que solíamos pasar unos días todos los veranos.

Teníamos las habitaciones en una de las casas de la plaza, cerca del hotel Otamendi, a donde íbamos a comer, y frente por frente del Banco Guipúzcoano o del Banco de Vizcaya, no recuerdo ahora bien. Las dueños, un matrimonio joven, alquilaban las habitaciones exteriores, y ellos se refugiaban en la cocina y en un par de cuartos que daban a una callejuela sombría. La mujer llevaba una camisa negra salpicada de motas blancas y una falda parda que le colgaba hasta media pierna y un pañuelo que la recogía el moño. El hombre, que apenas si paraba en casa, vestía camisa y pantalón azul, y se abrigaba la cabeza con una gran boina. Una mañana, cuando fuí a lavarme, ví al hombre sentado a la mesa de la cocina desayunándose una cazuela de leche bien rellena de sopas de pan, y me quedé mirándole desde el pasillo con la puerta entreabierta. El hombre, cuando reparó en mi presencia, sin dejar su aplicación, me llamó con la cabeza. Me llegué a su lado un tanto indeciso. El hombre me sonrió abiertamente, y me ofreció:

—¿Quieres?

Yo asentí con la cabeza. Y el hombre me largó una cuchara colmada, y la tomé.

—Está rica, ¿eh? —dijo él—.



Me sacó de mi ensimismamiento mi madre, al tiempo que rezaba las mismas disculpas que todas las madres saben pedir.

El hombre era de los que formaban el equipo de remeros del pueblo. Una tarde que estaba en la playa jugando con otros chiquillos, al ver que daban por terminado su entrenamiento, nos acercamos corriendo hasta ellos al tiempo que embarrancaban la trainera. Los hombres saltaron a la arena, y desarmaron los remos, y dando la vuelta a la embarcación, vaciaron el agua. Y sin tomarse tiempo de descanso se la cargaron con la borda sobre los hombros. El hombre me reconoció, y cuando desfilaron a mi lado cuando iban a guardarla me pasó su manaza por la cabeza. Todos iban uniformados con pantalón corto y camiseta amarilla.

Algunas noches ví a mi padre que charlaba con él sobre las posibilidades que tenían de ganar a las traineras de Ondárroa, de Orio..., y de otros pueblos de la costa vasca, en las regatas que como todos los años se iban a celebrar en San Sebastián.

—Sí.

Y ahora que apunto esto de la playa me viene a la memoria las tardes que pasábamos jugando en el arenal cuando comenzaba a montar la marea. Construíamos de prisa y corriendo pequeñas cancas de arena que precipitadamente teníamos que abandonar conforme las asaltaba la subida del mar. Las olas, al principio, alcanzaban la proa dando tímidas lametadas y arañando la base. Y en la tregua que mediaba entre oleada y oleada, saltábamos fuera y componíamos los destrozos, y nuevamente teníamos que saltar dentro porque allí estaba el agua. ¡Qué gusto cuando la ola llegaba mansa y profunda y lograba aislarnos por completo en aquella fortaleza de arena! Sacábamos la mano y recogíamos la resaca. Y de pronto, allí estaba la ola que abordaba nuestra ilusa embarcación inundándola y barriéndola, y haciéndonos huir en desorden playa arriba. Era el juego del gigante con el niño; un juego bondadoso, arbitrario y cruel. Y nuevamente a levantar la embarcación en la misma línea fronteriza de la arena seca y de la arena bañada y planchada. Así pasábamos, un poco andando como los cangrejos, y otro tanto dejando nuestras fuerzas en arañar y apelmazar la arena..., pero nunca rindiéndonos al mar. Al final, derrotados, nos presentábamos a nuestras madres que nos esperaban diciéndonos que llevaban más de una hora llamándonos.

Recuerdos, recuerdos..., ni son solo palabras, ni son solo ensueños. quizás sean algo más limpio.



¿Qué puedo decir más? He empezado reseñando los pobres recuerdos que guardaba de una película medio olvidada, y he terminado contando mis juegos en aquel arenal crecido al amparo del monte de Santa Tecla. Y lo que es mejor, ahora me encuentro como abrumado por los más dispares; recuerdo la iglesia parroquial de piedra oscurecida y de techo altísimo del que colgaban en fantástica navegación los más variados modelos de veleros en miniatura ofrecidos al Cristo del Mar por los marinos que un día habían salido de su casa y no habían vuelto a ella, hasta después de haber andado todos los mares. O aquel lenguaje áspero e imposible para mí. O aquellos ratos que pasábamos con los codos y la barbilla sobre el pasamanos del balcón mirando el baile que se organizaba todas las noches en la plaza. Los primeros bailables sonaban cuando estábamos cenando. La gente reía y cantaba, y al final de cada pieza siempre habían quien aplaudía. Todas las noches era lo mismo, lloviera o con el cielo estrellado; cuando caía el sirimiri, las pasejas, con el paraguas por medio, danzaban con un poco de más libertad girando alrededor del quiosco siguiendo la derecha; parecían envidiadas, a ninguna se le ocurría ir contra la corriente. Y en las noches apacibles lo mismo, aunque eso sí, con un poco más de aprieto. Y cuando en el reloj de la iglesia sonaban las doce campanadas que marcaban el final, los músicos, como si de pronto se les hubiera saltado la prisa, redoblaban sus fuerzas, y arrancaban con los sonos de la jota vasca que la bailaban los mozos del pueblo como está mandado y la seguían los veraneantes como podían en corros que empezaban con contadas parejas y que acababan prohiendo unos cuantos en su abrazo.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces? Unos años que en este momento ni se me antojan pocos, ni muchos tampoco, pero de los que me sería muy difícil hablar con el mismo aire que lo hago de estos días.

Después he vuelto poco por allí; dos o tres veces, y siempre con prisas, más que con otra cosa.

Pero ¿cómo podría cerrar esta página de mi diario? ¿Relatando el ajeteo de esta mañana? ¿Contando la discusión que he tenido con mi hermano por una tontería, o comentando las noticias que traía el periódico? Lo haré como otros suelen encabezar sus escritos, colocando un título: la llamarías «Las minas del Rey Salomón», y añadiría, entre paréntesis, la palabra «reposición».

